

APLAUDE

A la Asamblea de Niños de Adjuntas que juegan con el verdor y se cobijan bajo la sombra de los montes para establecer el huerto de la esperanza.

Estos niños, iluminados por el coquí, se han dado a la tarea de salvar la naturaleza para que ésta eche oxígeno y bondad sobre su pueblo y sobre el país entero. A temprana edad, con el alma en ascuas, se aprecia mejor el legado de la creación. El monte, la casa, la escuela, el río, son peldaños de una misma vida, de una misma inspiración.

Los maestros deben tocar la fibra del corazón para que los niños entonen el himno a la belleza y a la unidad. Abrir las veredas de la vida para que los niños escojan lo mejor es tarea de los pedagogos y maestros. Los niños de Adjuntas nos dan cátedra y nos invitan a recoger vida a manos llenas. Δ

• • •

A los catequistas que a través de muchos años han servido a los niños del país el menú católico de bellas enseñanzas evangélicas.

Esos obreros de la palabra han sido solícitos vigilantes de la palabra buena, santa, liberadora. Los que enseñan la virtud y los valores del Evangelio florécen en el jardín de Dios.

Las generaciones de puertorriqueños que han aprendido la catequesis y las enseñanzas de la fe, están agradecidos a aquel o aquella catequista que dio de su tiempo y de su amor. Dios bendice a los que enseñan el amor y lo proclaman desde el corazón. Δ